

ser más precioso era lo más verdadero, lo más real. Los poetas que tienen *conciencia* de este poder, propio de ellos, se dedican con toda intención á calumniar lo que generalmente se llama realidad y á darle el carácter de la incertidumbre de la apariencia, de la inautenticidad, de lo que se extravía en el pecado, en el dolor y en la ilusión; utilizan todas las dudas sobre los límites del conocimiento, todos los excesos del escepticismo para cubrir á las cosas con el velo de la incertidumbre, á fin de que, después que han llevado á cabo este oscurecimiento, se interprete, sin vacilación, sus devaneos de magia y sus evocaciones como el camino de la «verdad verdadera», de la «realidad real».

33.—*Querer ser justo y querer ser juez.*

Schopenhauer, cuya gran experiencia en las cosas humanas y demasiado humanas, cuyo sentido instintivo de los hechos han sido más ó menos sofocados por la piel de leopardo de su metafísica (esa piel que hay que arrancar primero para descubrir debajo de ella un verdadero genio de moralista); Schopenhauer, digo, hace esta excelente distinción que le dará razón más de lo que osaba confesarse á sí mismo: «El conocimiento de la severa necesidad de los actos humanos es línea que separa los *cerebros filosóficos de los demás.*» Él mismo puso obstáculos á esta comprensión profunda que una vez adquirió con este prejuicio común á los hombres morales (no á los moralistas), y que expresa así, en un tono cándido y ferviente: «La aclaración definitiva y verdadera sobre el sentido íntimo del conjunto de las cosas está necesariamente en estrecha correlación con la significación ética de los

actos humanos.» Esta necesidad no salta á la vista: muy al contrario, está refutada por ese axioma de la severa necesidad de las acciones humanas, es decir, de la absoluta violencia é irresponsabilidad de la voluntad. Los cerebros filosóficos se distinguirán, pues, de los demás por su incredulidad en lo que toca á la significación metafísica de la moral; y eso abriría un abismo profundo é infranqueable que no se asemejaría en nada al que separa á las «personas instruidas» de los «ignorantes» y de que tanto se lamentan en estos días. Es cierto que será preciso que se reconozcan como inútiles muchas puertas de salida que se han abierto á los mismos «cerebros filosóficos» como Schopenhauer: *ninguna* de estas puertas está al aire libre en la atmósfera del libre arbitrio; cada una de aquellas por donde se ha escapado hasta ahora da á un espacio cerrado: el muro de bronce de la fatalidad: *estamos* encarcelados, no podemos más que *soñarnos* libres, no *hacernos* libres. No se podrá resistir por mucho tiempo á esta certeza; las actitudes desesperadas é inconcebibles de los que la atacan y hacen vanas contorsiones por continuar la lucha lo demuestran. He aquí, poco más ó menos, lo que ocurre ahora en su espíritu: «¿Nadie ha de ser responsable, habiendo como hay por todas partes el pecado y el sentimiento del pecado? Tiene que haber algún pecador: si es imposible y si no está permitido acusar y juzgar al individuo, esa onda insignificante en el mar inmenso de la evolución, considérese como culpable al mismo mar, á la evolución: porque en ella hay libre arbitrio; se puede acusar, condenar, expiar y hacer penitencia: *sea, pues, Dios el pecador y el hombre su salvador*: sea la historia á la vez culpabilidad, condenación y suicidio: ¡sea el malhechor su propio verdu-

gol.» Este *cristianismo invertido* (¿qué habla de ser si no fuera eso?) es la última escaramuza en la lucha de la doctrina de la moralidad absoluta con la de la violencia absoluta, y eso sería una cosa terrible si fuese *otra cosa* que una *mueca lógica*, el gesto horrible de una idea que sucumbe, tal vez el espasmo de agonía del corazón desesperado, ávido de salud, á quien la locura murmura: «He aquí que eres el cordero que lleva los pecados de Dios.» Hay un error, no sólo en el sentimiento: «soy responsable», sino también en esta oposición: «no lo soy, pero es preciso que alguien lo sea». ¡Esto sí que no es cierto! El filósofo debe decir como Cristo: «¡No juzguéis!» Y la última distinción entre los cerebros filosóficos y los demás sería que los primeros quieren ser *justos* al paso que los segundos quieren ser *jueces*.

34.—*Sacrificio.*

¿Consideráis el sacrificio como el signo distintivo de la acción moral? Reflexionad si no hay un aspecto de sacrificio en algún acto efectuado de un modo reflexivo, sea bueno ó malo.

35.—*Contra los inquisidores de la moral.*

Hay que saber todo aquello de que un hombre es capaz, bueno ó malo, en la idea que se forma de las cosas en su ejecución, para poder apreciar su desarrollo y el resultado de su naturaleza moral. Ahora bien: conocer todo eso es imposible.

36.—*Diente de serpiente.*

No sabemos si tenemos un diente de serpiente antes de que alguno haya puesto el talón sobre nosotros.

Una esposa ó una madre diría: antes de que alguno haya puesto su talón sobre lo que nos es querido, sobre nuestro hijo. Nuestro carácter está determinado más por la ausencia de ciertos hechos que por lo que se ha vivido.

37.—*El engaño en amor.*

Se olvidan fácilmente ciertas cosas del pasado; se las expulsa del cerebro con toda intención; se desea, pues, ver la imagen que refleja nuestro pasado mentirosos á nosotros mismos y halagarnos; trabajamos sin cesar en este engaño hecho á nosotros mismos. ¿Y pensáis, vosotros que habláis tanto del «olvido de sí en el amor»; del «abandono del *yo* á otra persona», vosotros que os vanagloriáis de todo eso, ¿pensáis que hay en ello algo esencialmente distinto? Se destruye, pues, el espejo; se transforma imaginariamente en otra persona á quien se admira, y se goza desde luego de la misma imagen de sí mismo, aunque se la designe con el nombre de otra persona. ¿Y todo este proceso no ha de ser engaño de sí propio, egoísmo? Me dejáis admirado. Parece que los que se ocultan algo *ante sí mismos* y los que, en general, se ocultan ante sí mismos, se parecen en que cometen un robo en el tesoro del conocimiento. De donde ha de deducirse de qué crimen aparta el axioma «conócete á ti mismo».

38.—*Al que niega su vanidad.*

El que niega en sí mismo la vanidad la posee generalmente bajo una forma tan brutal que cierra instintivamente los ojos ante ella, para no verse obligado á despreciarse.

39.—*Por qué las personas estúpidas se hacen malas con tanta frecuencia.*

A las objeciones de los adversarios contra las cuales nuestro cerebro se siente demasiado débil, el corazón responde poniendo en duda los motivos de sus objeciones.

40.—*El arte de las excepciones morales.*

No hay que hacer oídos con gran frecuencia á un arte que representa y glorifica los casos excepcionales de la moral; ni siquiera aquellos en que el bueno se hace malo, y el injusto, justo: del mismo modo que de cuando en cuando se compra algo á un vendedor ambulante, pero con el miedo de que en su venta no robe más que gana.

41.—*La absorción y la no-absorción de los venenos.*

El único argumento definitivo que en todos los tiempos ha impedido á los hombres absorber un veneno, no es el temor de la muerte que pudiera ocasionar, sino su mal gusto.

42.—*El mundo privado del sentimiento del pecado.*

Si no se ejecutasen más que las acciones que no engendran la mala conciencia, el mundo humano sería, aun con eso, harto desagradable é hipócrita; pero estaría menos enfermizo y lastimoso que hoy está. Hubo en todo tiempo bastantes hombres perversos *sin* conciencia, pero hubo también muchas buenas personas á quienes sólo faltaba el sentimiento de alegría que da la conciencia tranquila.

43.—*Los concienzudos.*

Es más cómodo obedecer á su conciencia que á su razón; porque, á cada fracaso, la conciencia encuentra en sí misma una excusa y un aliento. Por eso hay tantas personas concienzudas y tan pocas personas razonables.

44.—*Medios opuestos para evitar la amargura.*

Para ciertos temperamentos es útil poder expresar su despecho por palabras: los discursos los apaciguan. Otros temperamentos no sienten toda su amargura hasta que no intentan expresarla: para éstos será más saludable ocultar la expresión de su cólera; la violencia que se hacen los hombres de esta clase, ante sus enemigos ó ante sus superiores, endulza su carácter é impide que éste se haga fútil ó desabrido.

45.—*No tomar las cosas muy á pecho.*

Es desagradable martirizarse á fuerza de estar acostado, pero esa no es una prueba contra la eficacia del tratamiento que os determinó á quedaros en la cama. Los hombres que han vivido mucho tiempo vida exterior, y que al fin se han vuelto hacia la vida interior y hacia el aislamiento filosófico, saben que hay también una manera de martirizar el espíritu y el sentimiento á fuerza de acostarlos en el mismo círculo. No hay, pues, en esto un argumento contra el género de vida que se ha escogido, sino que eso exige ligeras excepciones y reincidencias aparentes.

46.—*La «cosa en sí humana».*

La cosa más vulnerable, y, sin embargo, la más invencible, es la vanidad humana: su fuerza aumenta

con las heridas y puede acabar por hacerse gigantesca.

47.—*Lo que hay de cómico en muchas personas laboriosas.*

Por un exceso de esfuerzos, llegan á conquistar algunos ocios, y, cuando han llegado á sus fines, no saben qué hacer, como no sea contar las horas hasta que ha pasado el tiempo.

48.—*Tener mucha alegría.*

El que tiene mucha alegría debe ser un hombre bueno; pero quizá no sea más inteligente, aunque llegue á lo que el más inteligente aspira con toda su inteligencia.

49.—*En el espejo de la naturaleza.*

¿No se conoce bastante exactamente el carácter de un hombre cuando se oye que gusta de pasearse entre los trigales dorados; que prefiere, á todos los demás, los matices extinguidos y amarillentos que toman en el otoño los bosques y las flores, porque estos matices indican algo más bello que lo puede hacer la naturaleza; que se siente muy á gusto bajo los grandes nogales de rico follaje, como si fuesen sus parientes cercanos; que su gran alegría es estar en las montañas, encontrar esos lagos retirados, desde donde la misma soledad parece dirigirle una mirada; que ama esa tranquilidad gris de un crepúsculo brumoso; que se desliza, en las tardes de otoño y de primavera, hasta las ventanas, como para aislarse, con cortinas de terciopelo, de toda clase de ruido insólito; que considera á toda roca en bruto como un testigo del pasa-

do, ávido de hablar, venerable para él desde su infancia; y que, por último, el mar, con su movible piel de serpiente y su belleza de leona, siempre ha sido y seguirá siendo extraña para él? En efecto, con eso se da algo del carácter de este hombre, pero el reflejo de la naturaleza no dice que ese mismo hombre, con todos sus sentimientos idílicos (y lo digo «á pesar de ellos»), podría muy bien ser poco caritativo, parsimonioso y presuntuoso. Horacio, que entendía de estas cosas, ha puesto el sentimiento más tierno de la vida campesina en la boca y en el alma de un *usure-ro* romano con el célebre: «*Beatus ille qui procul negotiis* (1).»

50.—*Fuerza sin victorias.*

La convicción más fuerte (la de la absoluta no-libertad de la voluntad humana) es, no obstante, la que conduce á los resultados más mezquinos, porque siempre ha tenido el adversario más decidido en la vanidad humana.

51.—*Alegría y error.*

Uno hace involuntariamente bien á sus amigos por impulso natural; otro lo hace voluntariamente por medio de actos particulares. Si el primer caso se considera superior, al segundo solamente va unida la tranquilidad de conciencia y un sentimiento de alegría; quiero decir, de la alegría que producen las buenas obras; sentimiento que se funda en la creencia de que podemos á capricho hacer el bien ó el mal, es decir, en un error.

(1) «Bienaventurado aquel que lejos de los negocios». Primer verso de la célebre oda del poeta venusino.—(N. DEL T.)

52.—*No hay razón para ser injusto.*

Una injusticia que se ha hecho á alguno es mucho más dura de soportar que una injusticia que algún otro os ha hecho (no precisamente por razones morales, téngase en cuenta); porque, en el fondo, el que obra es siempre el que sufre, pero solo cuando es accesible á los remordimientos ó bien á la certeza de que, por su acto, habrá armado la sociedad contra él y se habrá aislado. Por eso, hecha abstracción de todo lo que ordenan la religión y la moral, debería uno guardarse de cometer una injusticia más todavía que de sufrir una, aunque no fuese más que por su felicidad interior, y por no perder su bienestar; porque, en este último caso, se tiene el consuelo de la buena conciencia, de la esperanza de venganza, de la compasión y de la aprobación de los hombres justos, y hasta de toda la sociedad, la cual teme á los malhechores. Algunos se dedican al ardido importuno de transformar toda injusticia que han cometido en una injusticia que se les ha hecho, y á reservarse, para excusar lo que han hecho, el derecho excepcional de la defensa legítima, para soportar así más fácilmente su carga.

53.—*Envidia con ó sin etiqueta.*

La envidia vulgar tiene la costumbre de cacarear en cuanto la gallina envidiada ha puesto un huevo. Pero existe una envidia más profunda aún; en este caso, ésta no dirá una palabra, y deseará que se cierre la boca á todo el mundo, por mucho que éste se enfurezca. La envidia que se calla cobra fuerzas en el silencio.

54.—*La cólera como espía.*

La cólera agota al alma hasta las heces, de suerte que el fondo sale á luz. Por eso, si no se llega á ver claro de otro modo, hay que encolerizar á sus camaradas, á sus partidarios y á sus enemigos, para saber lo que se piensa y lo que se hace secretamente contra vosotros.

55.—*La defensa es moralmente más difícil que el ataque.*

El verdadero golpe de maestro, el verdadero rasgo heroico del hombre bueno no consiste en atacar la causa y continuar amando á la persona, sino en algo mucho más difícil, á saber: *defender su propia causa*, sin que le cueste trabajo, y sin querer que le cueste á la persona que ataca. La lámina del ataque es franca y larga; la de la defensa tiene generalmente corte de aguja.

56.—*El honrado contra la honradez.*

El que es públicamente honrado respecto de sí mismo, acaba por concebir una idea elevada de su honradez; porque no sabe á punto fijo por qué es honrado, por la misma razón de que otro prefiera la apariencia y el disimulo.

57.—*Carbones encendidos.*

Se interpreta mal generalmente el proceder que consiste en acumular carbones encendidos sobre la cabeza de alguno, porque el otro sabe también que está en posesión de su derecho, y ha pensado igualmente en acumular carbones.

58.—*Libros peligrosos.*

Algunos dicen: «Lo observo en mí mismo: este libro es peligroso.» Pero que espere un poco, y algún día se dará cuenta de que este libro le ha prestado un gran servicio, poniendo al vivo la enfermedad oculta de su corazón, al hacerla así visible. Los cambios de opinión no cambian el carácter de un hombre (ó al menos lo cambian muy poco): sin embargo, iluminan ciertos aspectos de la configuración de su personalidad que hasta entonces, con otra constelación de opiniones, habrán permanecido ocultos y desconocidos.

59.—*Compasión fingida.*

Se finje compasión cuando uno quiere *mostrarse* superior al sentimiento de enemistad; pero generalmente es en vano. Cuando uno se da cuenta de eso, este sentimiento de enemistad aumenta mucho.

60.—*La contradicción franca es muchas veces conciliadora.*

En el momento en que alguno manifiesta francamente las diferencias de opiniones que le separan de un célebre jefe de partido ó de un maestro, todo el mundo cree que guarda rencor hacia éste. Pero ocurre que precisamente en ese momento cesa de guardarle rencor: se atreve á presentarse junto á él y pone fin al tormento ocasionado por la envidia muda.

61.—*Ver brillar su luz.*

En un estado de oscurecimiento como la tristeza, la enfermedad ó la contrición, nos es grato ver que aún podemos dar luz á los demás y que divisan en nos-

otros un halo luminoso producido del mismo modo que el de la luna. Por este recurso participamos de nuestra propia facultad de iluminar.

62.—*Alegría compartida.*

La serpiente que nos muerde cree hacernos mal y se alegra; el animal más vil puede imaginar el *dolor* de otro. Pero imaginar la *alegría* de otro y felicitarse de ella, ese es el mayor privilegio de los animales superiores, y entre éstos sólo son accesibles á él los ejemplares más escogidos, es decir, un *humanum* raro; tanto, que ha habido filósofos que han negado la alegría compartida.

63.—*Preñez ulterior.*

Los que han llegado á sus obras y á sus acciones sin saber cómo se hinchan más con ellas después, como para demostrar ulteriormente que son hijos de ellos y no de la casualidad.

64.—*Duros por vanidad.*

Del mismo modo que la justicia es muchas veces el manto de la debilidad, así los hombres pensadores, pero débiles, han recurrido algunas veces á la disimulación y adoptan visiblemente una actitud injusta y dura para la impresión de la fuerza.

65.—*Humillación.*

Si alguien encuentra en un saco lleno de ventajas, que se le ha ofrecido, un solo grano de humillación, pondrá mala cara.

66.—*Erostratismo extremo.*

Podría haber Erostratos que incendiasen los mismos templos donde se adoran sus imágenes.

67.—*El mundo de los diminutivos.*

Todo lo que es débil y necesita socorro habla al corazón. Esto es lo que ha originado la costumbre de designar por medio de diminuciones y debilitamientos en la expresión todo lo que habla á nuestro corazón, para hacerlo débil, según nuestro sentimiento.

68.—*Defecto de la piedad.*

La piedad va acompañada de una insolencia particular; quisiera ayudar á toda costa, lo cual hace que no se preocupe ni del remedio, ni del género y origen de la enfermedad; receta valerosamente comprometiéndose la salud y la reputación de su enfermo.

69.—*Indiscreción.*

Hay también una especie de indiscreción respecto de las obras, y es prueba de una falta absoluta de pudor el que, desde sus primeros años, quiera uno asociarse como imitador á las obras más sublimes de todos los tiempos, con la familiaridad del tuteo. Otros son importunos por ignorancia; no saben de qué se ocupan; esto sucede bastante á menudo con los filólogos, jóvenes y viejos, en sus relaciones con las obras de los griegos.

70.—*La voluntad se avergüenza de la inteligencia.*

Hacemos friamente los planes más razonables contra nuestras pasiones; pero cometemos después las más

graves faltas, porque muchas veces, en el momento en que debía ejecutarse el proyecto, nos avergonzamos de la frialdad y de la circunspección que hemos desplegado al concebirlo. Entonces se hace precisamente lo que es irrazonable, á causa de esa forma de generosidad altiva que toda pasión trae consigo.

71.—*Por qué los escépticos desagradan á la moral.*

El que coloca muy elevada la moralidad y la toma muy en serio, tiene rencor al que es escéptico en el dominio de la moral; porque cuanto pone en ejercicio toda su fuerza debe *extasiarse*, y no examinar y dudar. Hay además naturalezas en las cuales todo lo que queda de moralidad es precisamente la fe en la moral; éstas se portan del mismo modo con los escépticos, y necesariamente, con más pasión todavía.

72.—*Timidez.*

Todos los moralistas son tímidos, porque saben que se les confunde con los espías y los traidores, puesto que se observa su inclinación; además, tienen conciencia de que, en general, son débiles para la acción; porque en medio de su obra, los motivos que los impulsan á obrar apartan casi por completo su opinión de la obra.

73.—*Un peligro para la moralidad universal.*

Los hombres que son á la vez nobles y leales, llegan á divinizar la menor diablura que su honradez origina, y á hacer que se detenga, por un momento, la balanza del juicio moral.

74.—*El error más amargo.*

Se ofende uno irreconciliablemente cuando se descubre que, allí donde estaba uno convencido de que era amado, no se le consideraba más que como un utensilio de mobiliario y como un fragmento de decoración, con el cual el dueño de la casa satisface su vanidad ante sus invitados.

75.—*Amor y dualismo.*

¿Que es, pues, el amor, si no es comprenderse y regocijarse viendo á algún otro vivir, obrar y sentir de un modo distinto del nuestro y opuesto á éste? Para que el amor allane los contrastes por medio de la alegría, no es necesario que suprima y niegue los contrastes. El amor de sí mismo contiene, como condición, un dualismo absoluto (ó una multiplicidad) en una sola persona.

76.—*Interpretar por el sueño.*

Lo que se ignora á veces en el estado de vigilia, lo que se es incapaz de sentir (á saber, si tiene ó no tiene uno la conciencia tranquila respecto de alguien), nos lo hace saber el sueño sin equívoco alguno.

77.—*Libertinaje.*

La madre del libertinaje no es la alegría, sino la ausencia de alegría.

78.—*Castigar y recompensar.*

Nadie acusa sin tener la perspectiva del castigo y de la venganza; lo mismo ocurre cuando acusamos á nuestro destino ó cuando nos acusamos á nosotros

mismos. Toda queja es una acusación; toda alegría es una alabanza; hagamos una ú otra cosa, siempre hacemos á alguno responsable.

79.—*Dos veces injusto.*

Algunas veces favorecemos la verdad por una doble injusticia; eso sucede cuando vemos y representamos, una después de otra, las dos fases de una cosa que podemos ver á la vez, pero de manera que á cada vez desconozcamos ó neguemos la otra fase, con la ilusión de que lo que vemos es toda la verdad.

80.—*La desconfianza.*

La desconfianza de sí mismo no siempre tiene aptitudes feroces é inciertas; está algunas veces como frenética; se embriaga para no temblar.

81.—*Filosofía del advenedizo.*

Si se quiere á toda costa ser alguien, hay que venerar á su propia sombra.

82.—*Saber lavarse con pulcritud.*

Hay que saber salir más limpio de las circunstancias indecentes y lavarse también con agua sucia, si eso es necesario.

83.—*Dejarse llevar.*

Cuanto más se deja llevar uno, menos lo dejan llevarse los demás.

84.—*El canalla inocente.*

Hay un camino lento y gradual para llegar al vicio y al encanallamiento bajo todas sus formas. Al extre-

37388

"ALFONSO REYES"
 1.º DE MARZO DE 1911

mo de este camino, el que lo sigue ha sido completamente abandonado por el enjambre de moscas de la mala conciencia, y, aunque de una maldad perfecta, conserva, sin embargo, su inocencia.

85.—*Hacer planes.*

Hacer planes y tomar resoluciones procura muchos sentimientos agradables; y el que tuviera fuerza para no ser, durante toda su vida, más que un forjador de planes, sería un hombre muy feliz; pero le será necesario, de cuando en cuando, reposar de esta actividad, ejecutando un plan; y entonces vendrán para él la cólera y la desilusión.

86.—*Lo que nos sirve para ver el ideal.*

Todo hombre capaz se aferra á su capacidad y no puede apoyarse sobre ésta para juzgar libremente las cosas. Si no tuviese además una buena parte de imperfección, su virtud le impediría llegar á la libertad intelectual y moral. Nuestros defectos son los ojos por los cuales vemos el ideal.

87.—*Alabanzas desleales.*

Las alabanzas desleales ocasionan después muchos más remordimientos que la censura desleal, probablemente por la razón de que, mediante las alabanzas exageradas, nuestra facultad crítica descubre mucho mejor sus debilidades que por la censura violenta y hasta injusta.

88.—*La manera de morir es indiferente.*

La manera como piensa un hombre en la muerte en el apogeo de su vida y mientras que posee la plenitud

de su fuerza, es muy significativa para lo que se llama su carácter; pero la hora de la muerte en sí misma, su actitud en el lecho de la agonía, no entran en cuenta. El agotamiento de la vida que declina, sobre todo cuando son viejos los que mueren, la alimentación irregular é insuficiente del cerebro durante esta última época, lo que algunas veces hay de muy violento en los dolores, la novedad de este estado enfermizo de que aún no se tiene experiencia, y con harta frecuencia un acceso de temor, un regreso á impulsos supersticiosos, como si la muerte tuviese gran importancia y como si hubiese que franquear puentes terribles; todo eso no *permite* utilizar la muerte como un testimonio de la vida. Así, no es cierto que, de un modo general, el moribundo es más *leal* que el vivo; al contrario, casi todos se ven forzados, por la actitud solemne de los que les rodean, por las efusiones sentimentales, por las lágrimas contenidas ó vertidas, á representar una comedia de vanidad, tan pronto consciente como inconsciente. La profunda seriedad que se pone en tratar á cada muerto ha sido seguramente para muchos pobres diablos, despreciados durante toda su vida, un goce sutil, una especie de compensación á muchas privaciones.

89.—*Las costumbres y sus víctimas.*

El origen de las costumbres debe reducirse á dos ideas: «la comunidad tiene más valor que el individuo» y «hay que preferir la ventaja durable á la ventaja pasajera»; de donde debe deducirse que se debe poner, de un modo absoluto, la ventaja duradera de la sociedad sobre la ventaja del individuo, especialmente sobre su bienestar momentáneo, pero también sobre su ventaja durable, y aun sobre la continuación